

LIBRO VIGÉSIMOCTAVO.

CAPÍTULO PRIMERO.

HISTORIA DE UN MOMENTO DE DISCUSIÓN POLÍTICA.

Entre los personajes que han desempeñado un papel siniestro en el drama que hacemos pasar ante los ojos del lector, existe uno que, nosotros lo esperamos al menos, no habrán completamente olvidado.

Queremos hablar del coronel Rappt, el padre y marido de Regina de Lamothe-Houdón.

Sin decir que sea, á favor del empréstito hecho á Mr. Baratteau, y á la restitución de Gibassier, nada se había transpirado del negocio de las cartas.

Con todo eso, y con el fin de que se comprendan bien las escenas que van á seguir, pedimos permiso á nuestros lectores para repetir en pocas palabras lo que muy extensamente ya hemos dicho del conde Rappt.

Petrus había hecho así su retrato físico :

« Todo es frío é inmóvil como el mármol en este hom-

bre, y parece por cierto instinto material, dirigirse hacia la tierra ; sus ojos están empañados como un vaso deslustrado ; sus labios son delgados y apretados ; la nariz roma ; la tez color de ceniza ; facilidad en mover la cabeza, nunca las facciones. Si se pudiese cubrir con una máscara de hielo á un ser viviente que entretanto hubiera dejado de estar animado por la circulación de la sangre, esta obra maestra de anatomía podría dar una débil idea del rostro de este hombre. »

Por su parte, Regina había hecho su retrato moral, ó mejor dicho inmoral.

Ella le había dicho la noche de sus bodas, en la terrible escena que hemos contado :

« Sois á la vez ambicioso y disipador ; tenéis grandes necesidades, y estas grandes necesidades os colocan frente á grandes crímenes. ¡ Ante esos crímenes, otro quizá retrocedería, vos no ! Os casáis con vuestra hija por dos millones, venderéis á vuestra mujer por ser ministro... » Después había añadido :

— Esperad, señor, ¿ queréis saber todo mi pensamiento ? queréis conocer de una vez lo que siento por vos en el fondo de mi corazón ? Pues bien, hay en él ese sentimiento que vos experimentáis por todo el mundo, y el que yo nunca había sentido por nadie. El odio. Yo odio vuestra ambición, vuestro orgullo, vuestra bajeza. Yo os aborrezco de pies á cabeza, porque desde los pies no sois sino una pura mentira.

El conde Rappt, antes de partir para San Petersburgo, donde había estado enviado con una misión extraordinaria, y de donde había sido llamado, tenía, pues, en su físico un rostro de mármol ; respecto á su parte moral, un corazón de piedra.

Veamos si su viaje hacia el polo habia cambiado, modificado ó animado el uno ó el otro.

Era el viernes 16 de Noviembre, es decir, la vispera de las elecciones, dos meses casi después de los acontecimientos que hemos contado en los precedentes capitulos.

El 6 de Noviembre habia aparecido en *El Moniteur* la orden de la disolución de la camara y la convocación de los colegios electorales de los distritos para el 17 del mismo mes.

Eran pues, diez días solamente los que se concedía á los electores para reunirse, concertarse y elegir sus candidatos. Esta precipitada convocación tendria por resultado infalible, al menos según creía Mr. de Villele, la división de los electores de la oposición, quienes, sorprendidos de improviso, perderian el tiempo en discutir sobre quién elegirían, mientras que los electores ministeriales, compactos, unidos, disciplinados, pasivos, votarían como un solo hombre.

Pero todo París hacia tiempo que presentía la disolución de la cámara, y tenia una satisfacción en no realizar el sueño de Mr. de Villele, porque si es grande el tratar de cegar á ese gran París, él tiene cien ojos como Argos, y atraviesa las tinieblas; si es grande el aterrarlo como á Anteo, como Anteo recobra sus fuerzas al tocar la tierra; porque si creyéndole muerto se tratase de enterrarlo como á Encélado, cada vez que se moviera en su tumba, conmovería el mundo.

Todo París sin decir una palabra, con la elocuencia del silencio y con la diplomacia de saber guardarlo; todo París sin decir una palabra, silenciosamente, atento, con la frente roja de vergüenza, el corazón despedazado y vertiendo sangre; todo París oprimido, envilecido y en apa-

riencia esclavo, se aprestó al combate y eligió tácita y dis-tratamente sus campeones.

Uno de estos candidatos, y no fué el que produjo menos efecto sobre la población, fué el coronel conde Rappt.

Se acordaban que era propietario ostensible de un diario que defendía enérgicamente la monarquía legítima, y que al mismo tiempo era en secreto redactor principal de una Revista que atacaba al gobierno á todo trance y conspiraba contra él en favor del duque de Orleans.

En el diario habia sostenido vigorosamente, elogiado y defendido á la ley contra la libertad de la prensa; en el número siguiente de la Revista habia reproducido el discurso de Royer-Collard, en el que, entre otras palabras, se leían estas líneas á la vez elocuentes y burlescas:

« La invasión no se ha dirigido sólo contra la libertad de la prensa; sino contra toda libertad natural, política y civil, como esencialmente dañosa y funesta. En el pensamiento íntimo de la ley, ha habido imprudencia, en el gran día de la creación, en dejar al hombre evadirse libre é inteligente en medio del universo; de ahí han provenido el mal y el error. Una más alta sabiduría acaba de reparar la falta de la Providencia, restringiendo esa imprudente libertad, y haciendo á la humanidad, sabiamente mutilada, el servicio de criarla, en fin, en la dichosa inocencia de los brutos. »

Se trataba de la expropiación, medidas violentas, fraudulentas, tiránicas, que tenían por objeto arruinar alguna empresa útil, la Revista atacaba enérgicamente la arbitrariedad é inmoralidad de estas disposiciones, las cuales defendía el diario con mucho celo.

Más de una vez, Mr. Rappt habia dejado con orgullo la

pluma, con que había atacado en el uno y defendido en el otro, felicitándose interiormente de esta facilidad de sus facultades intelectuales para hallar tan excelentes razones en pro y en contra.

Tal era el conde Rappt en todos tiempos; pero principalmente en la víspera de las elecciones.

Desde el día de su llegada, había estado á dar cuenta al rey del resultado de sus negociaciones, y el rey, entusiasmado de la diligencia, y habilidad con que había cumplido su misión, le había dejado entrever una cartera ministerial en lontananza.

El conde Rappt había vuelto al boulevard de los Inválidos, encantado de su visita en las Tullerías; poniéndose al momento á redactar una circular dirigida á los electores, que el más experimentado diplomático hubiera tenido trabajo en explicar.

En efecto, nada era más vago, ambiguo, de doble sentido que esta circular. El rey debía quedar encantado, el ministerio satisfecho y los electores de la oposición agradablemente sorprendidos.

Por último, nuestros lectores apreciarán esta obra maestra de anfibología, si gustan asistir á las diferentes escenas, ejecutadas por el gran cómico ante algunos de los electores.

El teatro representa el gabinete de trabajo de Mr. Rappt; en medio, hay una mesa cubierta de un tapiz verde y cargada de papeles, ante la cual estaba sentado el coronel. Á la derecha de la puerta, delante de una ventana, otra mesa ante la cual estaba también el secretario del futuro diputado, Mr. Bordier.

Una palabra sobre Mr. Bordier.

Es un hombre de treinta y cinco años, seco, pálido, y de hundidos ojos como Baziile, en cuanto á su físico.

En cuanto á lo moral, tiene la hipocresía, la astucia y la maldad de Tartufe.

Mr. Rappt, ha buscado mucho tiempo, como Diógenes, no un hombre, sino este hombre.

Al fin lo ha encontrado; hay gentes que tienen suerte.

Serian las tres de la tarde, poco menos, en el momento en que levantamos el telón que cubría estos dos personajes, de los cuales el uno es muy conocido de nuestros lectores, á quienes suplicamos no concedan al otro más importancia de la que merece.

Desde la mañana, Mr. Rappt recibía uno tras otro á los electores; en 1848 era el candidato quien iba á buscarlos; veinte años antes, venían aún á buscar al candidato.

El sudor corría por la frente de Mr. Rappt, tenía el aire fatigado de un actor que acaba de ejecutar quince cuadros de un drama.

— ¿Hay aún muchas personas en la antecámara, Bordier? preguntó á su secretario con desaliento.

— No sé, señor conde; pero puedo saberlo, contestó éste.

Y fué á entreabrir la puerta.

— Hay lo menos veinte personas aún, dijo casi tan desalentado como su principal.

— ¡No tendré nunca paciencia para escuchar tantas nimiedades! dijo el coronel enjugándose la frente; ¡esto es para volverse loco!; Bajo mi palabra de honor, que tengo deseos de no recibir á nadie más!

— ¡Valor, señor conde! dijo el secretario con un tono lánguido; comprended pues, que ahí hay electores que disponen de veinticinco, treinta y aun cuarenta votos.

— ¿Estáis seguro, Bordier, que no hay entre esos ningunos electores de contrabando?; Notad que no hay uno

solo de los electores que me prometa su voto sin ponerme la pistola al cuello, ó de otro modo, sin pedirme alguna cosa para sí, ó para los suyos!

— ¿No es de hoy, según presumo, desde que el señor conde aprende á estimar el desinterés del género humano? dijo Bordier con el tono con que Laurent hubiera contestado á Tartufe, ó Bazin á Aramis.

— Veamos, Bordier, ¿conocéis á esos electores? dijo haciendo un esfuerzo el conde.

— Los conozco como á la mayor parte, señor conde; en todo caso tengo notas sobre cada uno de ellos.

— Entonces, continuemos, llamad á Bautista.

Bordier llamó y apareció un criado.

— ¿Qué nombre, Bautista? preguntó el secretario.

— Mr. Morin.

— Esperad.

Y el secretario leyó á media voz las notas que había recogido sobre Mr. Morin.

— Mr. Morin, comerciante de paños al por mayor. Tiene una fábrica en Louviers. Hombre muy influyente, dispone personalmente de diez y ocho ó veinte votos, carácter débil, habiendo pasado del rojo al tricolor, y del tricolor al blanco; dispuesto, según su interés, á reflejar todos los colores del prisma. Tiene un hijo, de malas costumbres, ignorante é incapaz, que devora de antemano su patrimonio. Ha escrito hace algunos días al señor conde para suplicarle que coloque á su hijo.

— ¿Es esto todo, Bordier?

— Sí, señor conde.

— ¿Cuál de los dos Morin es, Bautista?

— Un joven de veinticinco á treinta años.

— Entonces, es el hijo.

— Viene á buscar la respuesta de la carta de su padre, dijo diestramente Bordier.

— Hacedle entrar, dijo el conde Rappt, con desaliento. Bautista abrió la puerta, y anunció á Mr. Morin.

Un joven, como había dicho el criado, de veintiocho á treinta años, entró con un aire desenvuelto en el gabinete del conde Rappt, cuando la última sílaba de su nombre acababa de salir de los labios del que lo había anunciado.

— Señor, dijo, sin esperar que Mr. Rappt, ni su secretario le dirigiesen la palabra, soy el hijo de Mr. Morin, comerciante de paños, elector y elegible, de vuestro distrito. Mi padre os ha escrito últimamente para suplicaros que...

Mr. Rappt, que no quería parecer olvidadizo, le interrumpió.

— Efectivamente, señor, le dijo, he recibido una carta de vuestro señor padre. Se dirige á mí para que os dé una colocación, prometiéndome que en el caso en que yo tenga la honra de seros útil, podría contar con su voto y el de sus amigos.

— Mi padre, señor, es el hombre más influyente del distrito. Es mirado en todo él como el más celoso defensor del trono y del altar, aunque rara vez oye misa; su comercio le sostiene, ¿Vos sabéis lo que son las prácticas religiosas externas, muecas, no es cierto? Pero aparte de eso es el orden en persona. Se dejaría matar por el hombre de su elección; esto es decirnos que puesto que os ha escogido, señor conde, combatirá á vuestros adversarios con encarnizamiento.

— Soy muy dichoso, señor, en conocer la buena opinión que vuestro señor padre ha formado de mí; deseo merecerla siempre; pero volvamos á vos, ¿qué colocación deseáis vos?

— Á decir verdad, señor conde, dijo el joven azotándose con desenvoltura la pantorrilla con su junco, estoy muy embarazado para responderos.

— ¿ Qué sabéis hacer ?

— Poca cosa, á fe mía.

— ¿ Habéis estudiado derecho ?

— No, detesto á los abogados.

— ¿ Estudiáis acaso medicina ?

— No, mi padre detesta á los médicos.

— ¿ Sois artista, quizá ?

— Siendo niño aprendí á tocar el caramillo, y el dibujo de paisaje ; pero lo he abandonado. Mi padre me dejará treinta mil libras de renta, señor.

— ¿ Al menos, habréis hecho vuestros estudios como todo el mundo ?

— Un poco menos que los demás, señor.

— ¿ Habéis estado en algún colegio ?

— Se vive tan mal en casa de esos comerciantes de alimentos, que mi salud se quebrantaba, y mi padre me retiró.

— ¿ Pero, en fin, qué hacéis en este momento ?

— ¿ Yo ?

— Sí, vos.

— Absolutamente nada ; por esa razón mi querido papá desearia que hiciese algo.

— Entonces, dijo sonriendo Mr. Rappt, ¿ continuaréis vuestros estudios ?

— ¡ Ah ! contestó el hijo de Mr. Morin, volviendo la cara para reír á su gusto, la palabra es encantadora, si, yo continúo mis estudios. ¡ Ah ! señor conde, yo repetiré esta noche vuestra palabra en el círculo.

Mr. Rappt miró al joven con un aire de profundo desprecio y se puso á reflexionar.

Después de un momento, le preguntó :

— ¿ Os gusta viajar ?

— Es mi pasión favorita.

— ¿ Entonces habréis ya viajado ?

— Nunca, si no fuera así, ya no me gustarian los viajes.

— ¡ Pues bien ! os haré dar una misión en el Thibet.

— ¿ Con nombramiento ?

— ¡ Pardiez ! ¿ qué es la colocación sin el título ?

— Eso es lo que yo pensaba ; ¿ y qué haréis de mí ? Veamos, repuso el hijo de Mr. Morin con el aire de un hombre que cree embarazar mucho á quien se dirige.

— Se os nombrará inspector general de los fenómenos meteorológicos del Thibet. ¿ Sabéis que el Thibet es el país de los fenómenos ?

— No. No conozco más que las cabras del Thibet, con las cuales se hace la cachemira ; y aun no he querido molestarme en ir á ver las que han traído al Jardín de Plantas.

— ¡ Pues bien ! las veréis en su patria, lo cual es siempre más interesante.

— Sin duda ; desde luego porque se ven más. ¿ Pero será menester quitar á alguno para colocarme ?

— Tranquilizaos, esa plaza no existe.

— Pero si no existe, exclamó el joven creyéndose burlado, ¿ cómo podré yo desempeñarla, señor ?

— Se creará expresamente para vos, dijo el conde Rappt, levantándose y despidiendo á Mr. Morin por eso movimiento.

El conde había pronunciado estas últimas palabras con tanta gravedad, que el joven quedó convencido.

— Estad seguro, señor, dijo poniéndose la mano sobre el corazón ; estad seguro de mi reconocimiento y del de mi padre, más eficaz aún.

— Hasta la vista, señor, dijo el conde Rappt, mientras Bordier llamaba.

El criado entró, encontrándose con Mr. Morin, hijo, que salía exclamando :

— ¡ Qué gran hombre !

— ¡ Qué idiota ! dijo Mr. Rappt ; es decir, ¡ que un hombre como yo esté obligado á tener su corte de hombres como ése !...

— ¡ Quién sigue, Bautista ? preguntó el secretario.

Mr. Luis Renaud, farmacéutico.

Nuestros lectores sin duda recordarán al bizarro farmacéutico del arrabal Saint-Jacques, que ayudó con tanto esmero á Salvador y Juan Robert, para sangrar á Bartolomé Lelong, amenazado de una apoplejía fulminante, á consecuencia del rápido descenso que le había hecho hacer Salvador durante la noche del miércoles de Ceniza.

En su calle es, si queréis recordar bien, donde los dos jóvenes habían oído los dulces acordes del violoncelo, los que les habían llevado á casa de nuestro amigo Justino, que un día ú otro encontraremos en el retiro en que se encuentra con Mina.

— ¡ Quién es este Mr. Luis Renaud ? preguntó el conde Rappt, mientras el criado introducía al farmacéutico.

CAPÍTULO II

REVISTA DE ELECTORES.

El secretario buscó las notas relativas á Mr. Luis Renaud, y leyó :

« Mr. Luis Renaud, farmacéutico del arrabal Saint-Jacques, propietario de dos ó tres fincas, y principalmente de una casa situada en la calle Vanneau, la que ha elegido para su morada, y donde viven una docena de electores de los que dispone ; ciudadano de principios, antiguo girondino, execrando el nombre de Napoleón, al que nunca nombra sino Mr. de Buonaparte, y no pudiendo sufrir á los clericales, los designa con el nombre colectivo de botarates ; hombre económico, volteriano clásico, suscriptor á todas las publicaciones Touquet, edición Voltaire y tabaquera á la Charté. »

— ¡ Qué diablos puede venir á solicitar éste ? preguntó el conde Rappt.

— No ha podido saberse, respondió Bordier ; pero...

— ¡ Silencio ! hélo aquí, dijo el conde.

El farmacéutico entró.

— Entrad, entrad, señor Renaud, dijo con voz afable el diputado en ciernes ; quien viendo que el farmacéutico, con aire humilde, permanecía en el umbral de la puerta, fué hacia él, le cogió por la mano y le obligó á entrar de cualquier modo.

— Al atraerlo hacia á sí, el conde Rappt le estrechó con fuerza la mano.

— Es demasiado honor, señor, murmuró el farmacéutico ; verdaderamente es demasiado honor.

— ¡ Cómo, demasiado honor ! Las personas como vos son raras, señor Renaud, y se tiene un placer, cuando se las halla, en estrechar su mano.

Además, ¿ no ha dicho un gran poeta :

« Los hombres son iguales : no es el nacimiento, sino la virtud la que establece diferencia ? »

— ¿Conocéis á ese gran poeta, no es cierto, señor Luis Renaud?

— Sí, señor conde, es el inmortal Arouet de Voltaire. Pero que yo lo conozca, no tiene nada particular; lo que me maravilla es que vos me conozcáis.

— Sí, os conozco, querido señor Renaud, dijo el conde Rappt, con el tono que D. Juan dice: « ¡Querido señor Domingo, que si os conozco, ya lo creo, y de largo tiempo, marchad! » Así es que me alegré mucho cuando supe que vos dejabais la calle Saint-Jacques, para acercaros á nosotros; porque si no me engaño, ¿vivís ahora en la calle Vanneau?

— Efectivamente, señor, dijo el farmacéutico, más y más admirado.

— ¿Y á qué causa debo la dicha de veros, querido señor Renaud?

— He leído vuestra circular, señor conde.

El conde se inclinó.

— Sí, la he leído, y vuelto á leer, continuó el farmacéutico, y la frase en que habláis de las injusticias que se cometen bajo el manto de la religión, me ha decidido, á pesar de mi repugnancia, á salir de mi esfera, porque soy filósofo, señor conde, viniendo á visitaros con el objeto de someter á vuestra consideración algunos hechos.

— Hablad, querido Mr. Renaud, y creed que agradeceré sobre manera las noticias que queráis darme. ¡ Ah! querido Mr. Renaud, vivimos en mala época.

— Época de hipocresía y de gatzmoñería, señor, contestó el farmacéutico en voz baja, ¡ reinado de botarates! ¿ Sabéis lo que ha sucedido últimamente en Saint-Acheul?

— Sí, señor, sí.

— Se ha visto á magistrados y mariscales, acompañando á la procesión con cirios.

— Eso es deplorable; pero presumo que no es de Saint-Acheul de lo que queréis hablarme.

— No, señor, no.

— ¡ Pues bien! hablemos de nuestros asuntos, asuntos particulares, porque vuestros asuntos los considero como propios, querido vecino, pero sentaos.

— ¡ Jamás, señor!

— ¿ Por qué?

— Pedidme todo lo que queráis, señor conde, pero no que me sienta delante de vos; sé muy bien cuánto os debo.

— Vamos, no quiero contrariaros, decidme lo que os trae, pero así, como á un compañero, como á un amigo.

— Señor, soy propietario y farmacéutico, y ejerzo honrosamente ambos estados, como parece que sabéis.

— Lo sé, en efecto, lo sé.

— Ejercicio la farmacia hace treinta años.

— Sí, comprendo, habéis empezado por ése y poco á poco habéis llegado al otro.

— No sabría ocultaros nada, señor; ¡ pues bien! me atrevo á deciros que después de treinta años, aunque en ellos hemos atravesado por el consulado y el imperio de Mr. de Buonaparte, no se ha visto nada semejante á lo que sucede.

— ¿ Qué queréis decir? me asustáis, querido señor Renaud.

— ¡ El comercio no adelanta; apenas se gana para vivir, señor!

— ¿ Y de qué proviene semejante paralización, en vuestro comercio sobre todo, querido Mr. Renaud?

— No es precisamente en mi comercio, señor conde; eso os prueba cuán desinteresado soy en la cuestión: es

en el de mi sobrino, á quien hace tres meses cedi mi establecimiento.

— Bajo buenas condiciones ; condiciones paternas.

— Paternas, esa es la palabra propia, pagándomelo á plazos. ¡ Pues bien ! señor conde, el comercio de mi sobrino está paralizado, suspendido momentáneamente, y cuando hablo así, es por la esperanza más bien que por la convicción. Creed, que no tiene venta ninguna, señor.

— ¡ Diablo ! ¡ diablo ! ¡ diablo ! dijo el futuro diputado, aparentando confundirse.

— ¿ Y qué puede poner trabas al comercio de vuestro sobrino ? Decídmelo, querido señor Renaud. ¿ Quizá sus opiniones políticas, ó las vuestras un poco avanzadas ?

— De ningún modo, señor, de ningún modo ; las opiniones políticas no tienen nada que ver con esto.

— ¡ Ah ! replicó el conde con un tono socarrón y dando al mismo tiempo á sus palabras y á su acento una entonación hasta cierto punto vulgar, que, es preciso decirlo, no acostumbraba ; pero que creyó deber afectar en esta circunstancia para acercarse á su cliente ; es que tenemos farmacéuticos que no son más que practicantes...

— Sí, Mr. Cadet-Gassicourt, farmacéutico del llamado emperador Mr. de Buonaparte ; porque sabréis que le llamo siempre Mr. de Buonaparte.

— Es una expresión que agradaba á S. M. Luis XVIII.

— Lo ignoraba ; rey filósofo que nos volvió la Constitución. Pero para volver al comercio de mi sobrino...

— Yo no me hubiera atrevido á eso ; pero una vez que volvéis á él, os lo agradezco.

— ¡ Pues bien ! decía que, que él sea girondino ó jacobino, realista ó empírico, así es como llamo á los napoleonistas, señor.

— Me parece el epíteto pintoresco.

— Decía, pues, que las opiniones, cualquiera que sean, no impiden ni los reumas de pecho, ni los reumas de cabeza.

— Entonces, querido señor Renaud, permitidme decir que no comprendo qué pueda detener el despacho de las medicinas que usan las personas reumáticas.

— Así que, murmuró el farmacéutico que parecía reflexionar profundamente ; así que he leído vuestra circular, creo haber comprendido bien su sentido íntimo, y desde luego me pareció que deberíamos entendernos á la primera palabra.

— Explicaos, si os place, querido Sr. Renaud, dijo el conde Rappt, que empezaba á impacientarse, porque, hablando francamente, no veo qué relación directa pueda tener mi circular con la paralización del despacho de vuestro sobrino.

— ¿ No lo veis ? preguntó el farmacéutico atónito.

— Ciertamente no, respondió muy secamente el futuro diputado.

— ¿ No habéis hecho una alusión muy clara á las infamias cometidas por los botarates ? Así es como yo llamo á los clérigos.

— Entendámonos, señor, interrumpió enrojeciéndose Mr. Rappt, que no quería marchar muy adelante en la senda del liberalismo como lo entendía el *Constitucional*. He hablado sin duda de las injusticias cometidas por ciertas personas bajo el manto de religión ; pero no me he servido de expresiones tan severas como las que acabáis de emplear.

— Dispensadme la expresión, señor conde, como dice Mr. de Voltaire.

Llamo gato á un gato, y á Rodel un bribón.

El conde Rappt iba á hacer observar al digno farmacéutico que su cita era inexacta en el pasaje del autor, si ella lo fuese respecto á la versificación, pero pensó que no era ocasión de entablar una polémica literaria, y se contuvo.

— Yo no entiendo de equívocos, continuó el farmacéutico. La educación que he recibido ha sido la necesaria para sostener honradamente á mi familia, y no tengo la pretensión de expresarme como un académico; pero volviendo á vuestra circular, sostengo que estamos de acuerdo, si es que yo la he comprendido bien.

Estas palabras, dichas con cierta rudeza, detuvieron un momento al diputado, quien, pensando que en su elector podía llevarlo muy adelante, se apresuró á contenerlo por estas hipócritas frases:

— Siempre están de acuerdo las personas honradas, Sr. Luis Renaud.

— ¡Pues bien! pues que estamos de acuerdo, dijo Luis Renaud, puedo contaros lo que sucede.

— Hablad.

— En la casa en que vivía, cuando cedi á mi sobrino el despacho, casa de que os hablo con conocimiento, pues soy el propietario, vivía hace algunos días aún un pobre y viejo maestro de escuela, es decir, su primitivo estado no era el de maestro de escuela, sino músico.

— No importa.

— Si, no importa, se llamaba Muller, é instruía casi gratuitamente á unos veinte niños, reemplazando en esta noble y penosa tarea al profesor llamado Justino, que había marchado al extranjero, por razón, no de malos negocios, sino de asuntos de familia. Pues bien, el digno Sr. Muller go-

zaba de la estimación de todo el distrito, pero los hombres negros de Montrouge pasaban muchas veces por la escuela y no veían sin disgusto ni odio niños educados por otros que por ellos. Así que, una mañana vinieron á notificar al pobre maestro de escuela que interinamente le convenría abandonar, él, los hijos y la familia del profesor que reemplazaba, la escuela, y desde hace quince días, son los ignorantes hermanos, que se han hecho cargo de la escuela: nada más que desde el punto de vista de la moral; comprenderéis cómo debe marchar esto, ¿no es cierto?

— No lo comprendo bien, dijo Mr. Rappt embarazado.

— ¡Cómo! ¿no comprendéis bien?

Aproximándose al conde y guiñándole:

— Conocéis la nueva canción de Beranger, sin embargo.

— Debo conocerla, dijo Mr. Rappt, pero sería preciso disculparme si no la conociese, pues hace dos meses y medio que he estado fuera de Francia, en la corte del Czar.

— ¡Ah! si Mr. de Voltaire viviese, no diría más como en tiempo de Catalina segunda:

Ahora es del Norte, de donde nos viene la luz.

— Señor Renaud, dijo el conde impaciente, por piedad, volvamos...

— Á la nueva canción de Beranger.

— ¿Queréis que os la cante, señor conde? lo haré con mucho gusto.

Y el farmacéutico empezó:

¿Hombres negros, de dónde salís?

Salimos de debajo de la tierra.

— No, dijo el conde, volvamos á vuestro Mr. Muller; reclamáis para él una indemnización, ¿no es eso?

— Él tiene toda clase de derechos, contestó el farmacéutico, pero no es de él solamente de quien os quiero hablar; yo me dirijo á vos para reparar esta injusticia que os ha disgustado, bien lo veo; no, yo quiero hablaros del comercio de mi sobrino.

— Advertid, querido señor, que os he llamado al asunto sin cesar y con todas mis fuerzas.

— ¡ Pues bien! el despacho de mi sobrino se ha amonorado desde luego, porque los ignorantes hermanos hacen cantar á los niños todo el día, y los parroquianos se marchan al oír esos gritos furiosos.

— Yo encontraré un medio para hacerlos mudarse, Sr. Renaud.

— Esperad un momento, continuó el farmacéutico, aún no he concluido; estos hermanos tienen hermanas, ó de otro modo, cerca de estos hermanos viven religiosas, las cuales expenden, al 40 por 100 menos de su precio, medicinas que ellas mismas fabrican, ¡ verdaderos bodrios aquellos!; Tanto que se pasan los días sin ver un alma! Así será preciso que mi sobrino cierre la botica, debiéndome aún tres plazos, si vos no encontráis medio para remediar el daño que le ocasionan al par los hermanos y las religiosas.

— ¡ Y qué! exclamó Mr. Rappt con aire de indignación, porque conoció que no concluiría nunca con el pesado boticario, si no le daba la razón, ¡ y qué!; religiosas ignorantes se permiten expender medicinas con perjuicio de uno de los más honrados farmacéuticos de la ciudad de París!

— ¡ Si, señor, dijo Luis Redaud, vivamente conmovido con el profundo interés que el conde Rappt parecía tomar por su causa; sí, señor, tienen ese atrevimiento esas botaratas!

— ¡ Es increíble! exclamó el conde Rappt, dejando caer la cabeza sobre el pecho y las manos sobre las rodillas, ¡ en qué tiempo vivimos, Dios mío! ¡ Dios mío!

Y añadió como dudando:

— ¡ Y podríais darme la prueba de lo que decís, querido Sr. Renaud?

— Héla aquí, señor, contestó el boticario sacando del bolsillo una hoja de papel doblada en cuatro partes; es una petición firmada por los doce médicos más notables de las inmediaciones.

— ¡ Hé ahí lo que me irrita ciertamente! repuso Mr. Rappt; entregádmela, querido Sr. Renaud, y os daré buena cuenta, se hará justicia, os lo juro, ó perderé el nombre que tengo.

— ¡ Ah! ¡ bien me habían dicho que podía fiarme de vos! exclamó el farmacéutico encantado con el resultado de su visita.

— ¡ Oh! ¡ cuando veo una injusticia, soy implacable! dijo el conde levantándose y acompañando á su elector; ¡ antes de mucho tendréis noticias mías y veréis cómo cumplo lo que prometo!

— Señor, dijo el farmacéutico, volviendo como un hábil actor, para decir su última palabra sobre su salida; no sabré expresaros cuán conmovido estoy con vuestra franqueza y rectitud; temía, lo confieso, al entrar, el no ser comprendido como deseaba.

— ¡ Pues qué no se comprenden bien siempre las personas honradas? se apresuró á decir Mr. Rappt, impeliendo á Luis Renaud hacia la puerta.

El farmacéutico salió y Bautista anunció:

— El señor abad Bouquemont y Mr. Javier Bouquemont su hermano.

— ¿ Quiénes son estos Bouquemont ? preguntó el conde á Bordier.

Bordier leyó :

« El abad Bouquemont, de cuarenta y cinco años, posee un curato en los alrededores de París, hombre astuto é intrigante insaciable. Redacta una pretendida Revista bretona aun inédita, titulada *l'Hermine*. Ha hecho cuanto ha podido por ser abad, y ahora que es abad, lo hará por ser obispo ; su hermano es pintor *sagrado*, es decir, que no hace más que pinturas para iglesias ; evita el pintar desnudos. Es hipócrita, vano y orgulloso como todos los artistas sin talento. »

— ¡ Peste ! dijo el conde Rappt, no les hagáis esperar.

- CAPÍTULO III.

TRÍO DE MÁSCARAS.

Bautista introdujo al abad Bouquemont y á Mr. Javier Bouquemont.

El conde Rappt, que acababa de sentarse, se levantó y saludó á los dos recién llegados.

— Señor conde, dijo el abad con voz chillona (el abad era un hombre pequeño, rechoncho, craso y virolento, de una horrorosa fealdad) ; señor conde, dijo, soy propietario y redactor de una modesta Revista bretona cuyo nombre, según todas probabilidades, no habrá tenido el honor de llegar hasta vos.

— Os pido perdón, señor abad, interrumpió el diputado ; soy por el contrario uno de los lectores más constantes de *l'Hermine*, porque este es el nombre de la Revista que dirigis, ¿ no es cierto ?

— Sí, señor conde, dijo el abad confuso, pero dudando que Mr. Rappt fuese realmente uno de los lectores más constantes de un diario que aún no se había publicado.

Pero Bordier, que sin parecer poner atención, lo veía y escuchaba todo, comprendió la desconfianza del abad, y alargando á Mr. Rappt una entrega con una cubierta amarilla, dijo :

— Hé aquí el último número.

Mr. Rappt dirigió una mirada sobre la entrega, y viéndola abierta, se la alargó al abad Bouquemont.

Pero éste la rechazó con la mano.

— Dios me guarde, dijo, de dudar de vuestras palabras, señor conde.

Pero en su interior dudaba y con razón.

— ¡ Diantre ! decía hablando consigo mismo, estemos atentos, que nuestro adversario es astuto. Para que este hombre tenga un ejemplar de una Revista que aun no se ha publicado, es preciso que sea un adversario temible. ¡ Preparémonos bien !

— Vuestro nombre, continuó Mr. Rappt, si no lo es ya, será al menos muy pronto uno de los más ilustres de la prensa política. Respecto á cuestiones de actualidad, conozco pocos publicistas destinados á subir á vuestra altura. Si todos los campeones de la buena causa fuesen tan valientes como vos, señor abad, ó yo me engaño ó muy pronto no tendríamos á quién combatir.

— En efecto, con generales como vos, coronel, contestó el abad en el mismo tono, me parece la victoria fácil ; eso

decíamos esta misma mañana, mi hermano y yo, leyendo las frases de vuestra circular, donde recordáis que todos los medios son buenos para combatir á los enemigos de la Iglesia. Y á propósito de mi hermano permitidme os le presente, señor conde.

Haciendo pasar á su hermano delante de él :

— Mr. Javier Bouquemont, dijo.

— Pintor de esclarecido talento, dijo el conde Rappt con su más amable sonrisa.

— Cómo, ¿ conocéis también á mi hermano ? preguntó maravillado el abad.

— ¿ Tengo el honor de ser conocido de vos, señor conde ? dijo á media voz y en falsete agradable Mr. Javier Bouquemont.

— Os conozco como todo Paris, mi joven maestro, contestó Mr. Rappt, de reputación. ¿ Quién no conoce los pintores célebres ?

— No es la celebridad lo que mi hermano ha buscado, dijo el abad Bouquemont cruzando las manos devotamente y bajando humildemente los ojos. ¿ Qué es la celebridad ? El vano placer de ser conocido de los que vos no conocéis. No, señor conde, mi hermano tiene fe. ¿ Verdad que tienes fe, Javier ? Mi hermano no conoce más que el grandioso arte de los cristianos pintores de los siglos décimocuarto y décimoquinto.

— Hago lo que puedo, señor conde, dijo el pintor con un acento hipócrita ; pero confieso que no hubiera nunca esperado que mi reputación hubiera llegado hasta vos.

— No le escuchéis, señor conde, se apresuró á añadir el abad, tiene una timidez y una modestia irritantes, y si no estuviese siempre sobre él, para excitarlo, no daría un paso adelante. Así, creed que rehusaba enérgicamente el venir

conmigo á visitaros bajo pretexto que teníamos un ligero servicio que pedirnos.

— ¿ Verdaderamente, señor ? dijo el conde Rappt, estupefacto con la temeraria desvergüenza del abad.

— ¿ No es verdad, Javier ? Vamos, sé franco, dijo el abad, ¿ no es verdad que rehusabas el venir ?

— Es verdad, respondió el pintor bajando los ojos.

— Mil veces le he dicho que erais uno de los oficiales más distinguidos de los tiempos modernos, uno de los más esclarecidos grandes políticos de Europa, uno de los más esclarecidos protectores de las artes de Francia : ha sido en vano, su maldita timidez y su mucha susceptibilidad no quería atender razones, y casi me he visto obligado á emplear la violencia para traerle.

— ¡ Ay de mí ! señores, dijo el conde Rappt, decidido á luchar hipócritamente con ellos ; no tengo la honra de ser artista y es un profundo sentimiento para mí. Ciertamente, ¿ qué es la gloria militar, qué es el renombre político, al lado de la corona inmortal que Dios colocó en las frentes de Rafael y Miguel Ángel ? Pero si no tengo esa gloria, tengo al menos la de estar en relación íntima con los artistas más famosos de Europa. Algunos de ellos, y es un honor de que me envanezca, me honran con su amistad, y no tengo necesidad de decirlos, Mr. Javier, que seria muy dichoso en que fuérais de este número.

— ¡ Y bien ! Javier, dijo el abad con voz conmovida, y pasando la mano por sus ojos, como para enjugar una lágrima ; y bien, Javier, ¿ qué te decía ? ¿ Te he encarecido la reputación de estos hombres incomparables ?

— Señor, dijo el conde Rappt, como avergonzado de semejante elogio.

— ¡ Incomparables ! no me desdigo y declaro que no

sabré cómo agradecerlos, si obtenéis para Javier el encargo de diez pinturas á fresco, con las que nos proponemos enriquecer los muros de nuestra pobre iglesia.

— ¡ Ah ! hermano mio, tú te engañas ; bien sabes que esos diez frescos son una promesa que hice cuando la enfermedad de nuestra pobre madre, y que, pagados ó no, estás seguro de tenerlos.

— Sin duda ; pero este voto es superior á tus fuerzas, desgraciado, y tú morirás de hambre para cumplirlo ; porque yo, señor conde, no tengo más que mi curato, cuyas rentas pertenecen á los pobres de mi parroquia, y tú no tienes más que tu pincel.

— Te engañas, hermano mio, tengo la fe.

— Lo oís, señor conde, lo oís, ¿ no es esto desconsolador ?

— Señores, dijo el conde levantándose para indicar á los hermanos que la audiencia estaba concluída : dentro de ocho días recibiréis la concesión oficial del encargo de los diez frescos.

— Después de daros cien mil, un millón de gracias y comunicaros la parte activa que tomaremos en la gran batalla de mañana, dijo el abad, permitidnos ser vuestros más apasionados servidores y retirarnos.

Diciendo estas palabras, el abad Bouquémont, después de haberse inclinado ante el conde Rappt, hizo la demostración de retirarse, en efecto, cuando su hermano Javier le detuvo por el brazo con cierta violencia, diciéndole :

— Un momento, hermano mio, tengo que decir algunas palabras por mi parte al señor conde Rappt, si lo permite.

— Hablad, señor, dijo el paciente, sin poder disimular cierto disgusto.

Los dos hermanos eran ciertamente muy perspicaces para no darse cuenta de aquel movimiento ; pero manifestaron no comprender aquella pantomima, y el pintor por su parte empezó intrépidamente :

— Mi hermano Sulpicio, dijo designando al abad, acaba de hablaros de mi timidez y modestia ; permitid que á mi vez os hable, señor conde, de su desinterés, desinterés incurable. Sabed pues una cosa y es que si he consentido en seguirle aquí, á pesar de mi repugnancia en molestaros, ha sido con la sana intención de ayudaros, llamando sobre él toda vuestra solicitud. ¡ Oh ; si sólo se hubiera tratado de mi, estad seguro, señor conde, de que no hubiera consentido en turbar vuestro reposo. Yo no tengo necesidad de nada, tengo la fe. Si yo tuviese necesidad de alguna cosa, sabría esperar ; vivimos en un siglo y en un país, donde los que se llaman grandes maestros, apenas son dignos de lavar los pinceles del Beato Angélico y de Fr. Bartolomé : ¿ y por qué es esto, señor conde ? Porque los artistas de nuestra época no tienen fe. Yo la tengo, por lo que no tengo necesidad de nada, ni de nadie, por lo cual no sé solicitar nada, para mí al menos. Pero cuando veo á mi hermano, á mi pobre hermano, señor, ese santo que tenéis delante ; cuando le veo dar á los pobres los mil doscientos francos que le produce su curato, y no reservarse con qué comprar el vino con que ha de consumir á la mañana siguiente, ya lo veis, señor conde, mi corazón se oprime, mi lengua se suelta y no temo importunaros, porque no es para mí para quien pido, sino para mi hermano.

— Javier, ¡ amigo mio ! dijo el abad hipócritamente.

— ¡ Oh ! tanto da, ya he hablado. Yá sabéis, señor conde, lo que tenéis que hacer. Yo no os indico nada, á nada os obligo, lo dejo todo á vuestro buen corazón. ¡ Ah !

no somos nosotros de esas personas que vienen á decir á su candidato: «Somos propietarios y redactores de un diario; tenéis necesidad del apoyo de nuestro periódico, pagadlo. Ajustemos desde luego el servicio que os hacemos.» No, señor conde, no, á Dios gracias no somos nosotros de esas personas.

— ¿Acaso pueden existir semejantes personas, hermano mio? preguntó el abad.

— ¡Ay de mi! Si, señor abad, existen, dijo el conde Rappt. Pero, como ha dicho vuestro hermano, vosotros no sois de esas personas. Yo me ocuparé de vos, señor abad. Veré al ministro de Cultos y procuraremos al menos doblar vuestros miserables emolumentos.

— ¡Eh! Dios mío, sabéis, señor conde, dijo el abad que para pedir, más vale hacerlo de una cosa que valga la pena. El ministro, que no puede rehusaros nada, porque como diputado lo tenéis en vuestro poder, os concederá lo mismo un curato de seis mil francos, que de tres. Y no es por mí, ¡Dios mío! yo vivo con pan y agua; pero mis pobres, ó mejor los pobres de Dios, añadió el abad, levantando los ojos al cielo, los pobres os bendecirán, señor conde, ó instruidos por mí de quién les proviene el beneficio, pedirán por vos.

— Me encomiendo á sus súplicas y á las vuestras, dijo el conde levantándose por segunda voz. Miradlo como vuestro ya.

Los dos hermanos hicieron la misma maniobra que anteriormente y se dirigieron hacia la puerta, seguidos del candidato, que creyó deber suyo acompañarlos, cuando deteniéndose el abad, dijo:

— Á propósito, señor conde, olvidaba...

— ¿Qué, señor abad?

— Ha muerto últimamente, en mi curato de Saint-Mandé, repuso el abad con una voz llena de compunción, uno de los hombres más recomendables de la Francia cristiana; hombre de una caridad nunca desmentida, religioso esclarecido; el nombre de este santo personaje ciertamente no ha llegado hasta vos.

— ¿Cómo se llamaba? preguntó el conde que buscaba en vano dónde quería ir á parar el abad, y qué nuevo tributo quería imponerle.

— Se llamaba el Vidame Gourdon de Saint-Hereem.

— ¡Oh! si, Sulpicio, tienes razón, interrumpió Javier. Sí, ¡ese hombre era un verdadero cristiano!

— ¿Sería indigno de vivir, si no conociera el nombre de ese piadoso hombre! dijo el conde.

— Pues bien, dijo el abad, el pobre y digno hombre ha muerto desheredando á una indigna familia y legando á la Iglesia todos sus bienes, muebles é inmuebles.

— ¡Ah! ¿por qué renovar esos dolorosos recuerdos? dijo Javier Bouquemont, llevándose el pañuelo á los ojos.

— Porque la Iglesia no es una heredera ingrata, hermano mio.

Después de haber dado esta lección de reconocimiento á Javier, se dirigió de nuevo al conde Rappt, diciéndole:

— Ha dejado, señor conde, seis volúmenes de cartas religiosas inéditas, verdadera instrucción del cristiano, una segunda edición de *La Imitación de Jesucristo*. Debemos inmediatamente publicar esos seis volúmenes; veréis un fragmento en el próximo número de la Revista. He creído, mi muy querido hermano en Dios, adelantarme á vuestros deseos, asociándoos á esta hermosa y benéfica obra, y os he suscrito en la lista de los privilegiados por cuarenta ejemplares.

— Habéis hecho bien, señor abad, dijo el futuro diputado, mordiendo con rabia los labios hasta hacer sangre, pero aparentando sonreírse.

— ¡Estaba seguro! dijo Sulpicio dirigiéndose hacia la puerta.

Pero Javier permaneció como clavado en el mismo lugar.

— ¿Qué haces, pues? preguntó Sulpicio.

— Eso es lo que yo te pregunto, dijo Javier.

— Me marcho; dejo al señor conde libre: me parece que hace demasiado tiempo que lo entretenemos.

— Te marchas olvidando el asunto principal por que hemos venido: aquel que nos preocupaba más.

— ¡Oh! es verdad, dijo el abad; excusadme, señor conde, si me he ocupado de detalles, olvidándome de lo principal.

— Di más bien, Sulpicio, que contenido por tu deplorable timidez, no te atrevas á molestar al señor conde con una nueva pretensión.

— Pues bien, sí, dijo el abad, lo confieso; eso era.

— Siempre será lo mismo, señor conde, y á menos que no le arranquéis con un tirabuzón las palabras, no hablará.

— Hablad; vamos, dijo Mr. Rappt, ya que estamos reunidos, querido abad, procurando decirlo todo de seguida.

— Vos sois quien me da valor, señor conde, dijo el abad con una voz patética, y aparentando hacer esfuerzos sobrehumanos para vencer su timidez. Pues bien, se trata de una escuela, que con mil penas y mil sacrificios hemos ormado entre muchos hermanos y yo, en el arrabal Saint-Jacques. Queremos, siguiendo imponiéndonos cada día

mayores privaciones, comprar la casa, que es muy cara, y entonces ocuparla toda desde el cuarto bajo al tercero; pero un farmacéutico habita el cuarto bajo y el entresuelo. Tiene un laboratorio de donde salen emanaciones y ruidos que alteran la salud de los niños. Desearíamos encontrar un pretexto honroso para hacer mudarse lo más pronto posible á este incómodo huésped. Porque según dicen, señor conde, hay peligro en que permanezca.

— Estoy al corriente de este asunto, señor abad, interrumpió el conde Rappt; he visto al farmacéutico.

— ¿Vos lo habéis visto? exclamó el abad. En efecto, bien te había dicho, Javier, que era el que salía cuando nosotros entrábamos.

— Yo decía que no era, porque estaba muy lejos de sospechar que tuviese la audacia de presentarse en casa del señor conde.

— Pues la ha tenido, respondió el futuro diputado.

— Pues bien, entonces, dijo el abad, con sólo mirarlo habéis debido adivinar lo que era.

— Soy muy buen fisonomista, señor, y efectivamente, creo haberlo adivinado.

— En ese caso, ¿no habréis dejado de notar el prodigioso desenvolvimiento de las ventanillas de su nariz?

— Tiene, en efecto, una nariz enorme.

— Es el indicio de las más malas pasiones.

— Lavater lo dice.

— Es la señal por donde se conocen los hombres perniciosos.

— Lo creo.

— Con sólo verlo, se adivina que profesa las opiniones políticas más peligrosas.

— Él es, en efecto, volteriano.

— Quien dice volteriano, dice ateo.

— Ha sido girondino.

— Quien dice girondino, dice regicida.

— El hecho es que no aprecia á los sacerdotes.

— Quien no ama á los sacerdotes, no ama á Dios; y quien no ama á Dios, no ama al rey, porque el rey reina por derecho divino.

— Decididamente es un hombre malvado.

— Un hombre malvado, que es decir, un revolucionario, dijo el abad.

— Un bebedor de sangre, dijo el pintor, que no soñaba más que con la subversión del orden social.

— Yo estaba seguro, dijo Mr. Rappt; tenía un aire muy tranquilo para no ser un hombre violento.

Os doy las gracias, señores, por haberme indicado á semejante hombre.

— No hay por qué, señor conde, dijo Javier; nosotros hemos cumplido nuestro deber.

— El deber de todo buen ciudadano, añadió Sulpicio.

— Si pudiérais, señores, darme pruebas escritas é indudables de la malignidad de ese personaje, tal vez podríamos hacerle desaparecer, desembarazarse de él de un modo ó de otro; ¿podéis darme esas pruebas?

— Nada más fácil, dijo el abad con una sonrisa de vïbora; tenemos, por dicha, todas las pruebas en la mano.

— Todas, afirmó el pintor.

— El abad sacó del bolsillo, como lo había hecho el farmacéutico, una hoja de papel plegada en cuatro partes, y presentándola á Mr. Rappt:

— Hé aquí, le dijo, una petición firmada por doce de los más afamados médicos del barrio, que prueba que las medicinas expandidas por ese emponzoñador no son prepa-

radas con la prudencia que se exige en esa materia, de modo que algunas de esas drogas han causado indudablemente la muerte.

— ¡Diablo! ¡diablo! ¡diablo! esto sí que es grave, dijo Mr. Rappt; dadme esa petición, y creed que haré buen uso de ella.

— Lo menos que se puede pedir contra semejante hombre, señor conde, no pudiendo encerrarlo en un calabozo de Rochefort ó de Brest, es un calabozo de Bicetre.

— ¡Ah! señor abad, sois un gran modelo de caridad cristiana, dijo el conde Rappt, queréis el arrepentimiento y no la muerte del pecador.

— Señor conde, dijo el abad inclinándose, hace algún tiempo que, con ayuda de noticias que penosamente he reunido, he escrito vuestra biografía. No esperaba más que una conversación, tal cual la acabamos de tener, para publicarla. La anunciaré en el próximo número de *L'Hermine* y añadiré un rasgo más; el amor á la humanidad.

— Señor conde, añadió Javier, no olvidaré nunca esta visita, y cuando pinte al justo, os pido el permiso de acordarme de vuestras nobles facciones.

Hablando así, y en su cualidad de gran general, título que le había dado el abad, el coronel había maniobrado como hábil estratégico y puesto á los dos hermanos junto á la puerta.

Sea que hubiesen comprendido la maniobra, sea que no tuviesen más que pedir, el abad se decidió á poner la mano sobre el picaporte.

En aquel momento se abrió la puerta, no por haberlo hecho el abad, sino movida por un empuje exterior; y la vieja marquesa de la Tournelle, á quien nuestros lectores no habrán olvidado, según espero, y que estaba unida por